

## **Recibir la comunicación: "mi experiencia sobre lo que se comunica en las homilias"**

**(Publicado en la Revista Testimonio de Agosto-septiembre 2009)**

Ser invitada a integrar el equipo de redacción de la revista testimonio, asistir a los primeros encuentros, empezar a entender la dinámica de cada encuentro y estar sentada escribiendo *mi experiencia sobre lo que se comunica en las homilias*, ha sido lo más sorprendente que me ha tocado vivir en estos últimos tres meses. Es la primera vez que escribo algo para una revista y como tal me abro a comunicar mi experiencia con la humildad y sencillez de quien se ha sentado día a día, desde sus primeros años de vida, y con mayor conciencia a partir de la adolescencia, a celebrar el gran Misterio Eucarístico con la certeza de que Dios es el eterno comunicador, el gran dialogante y que en Jesús, *La Palabra*, nos da vida y vida en abundancia.

Mi acercamiento a lo que se comunica en las homilias está vinculado a un proceso de crecimiento espiritual, teológico y pastoral. Hay homilias que han hecho *Arder mi corazón*, como a los discípulos de Emaús, y que han suscitado en mí un ardiente deseo de seguir las huellas de Jesús, de ser misionera, de ser como lo expresaban los primeros Padres de la Iglesia *Trigo molido y triturado por Cristo*, porque han estado llenas de convicción, ardor y pasión por Dios y los prójimos. Otras me interpelaron al seguimiento e hicieron acoger en mí la pregunta por la vocación religiosa. He escuchado homilias que me han colocado en disposición de acoger mi verdad y condición, han suscitado el perdón y logrado la integración entre la fe acogida y la vida cotidiana, porque como dice Santa Teresa de Jesús de Ávila *"El tormento en los sermones no era pequeño, porque allí entendía yo que no era la que debía de ser"*(V.8,12) han sido experienciales sin dejar de ser doctrinales, han actualizado la Palabra proclamada, me han conducido al Misterio que se celebra, homilias que han sido verdaderos *lugares de encuentro con Jesús*, como la samaritana en el pozo de Jacob, como Zaqueo sobre el sicómoro, como Natanael bajo la higuera, como Pablo camino a Damasco, en fin, lugares fundantes en mi camino de fe, porque quien predicó, el mediador entre la Palabra de Dios y yo, se dispuso y se *preparó en la oración para predicar con convicción y pasión, se dejó interpelar por la Palabra que iba*

***a anunciar*** (Prop. 15 del Sínodo de la Palabra) y porque mi corazón estaba dispuesto a recibir la Gracia transformante.

También he escuchado homilías que han dejado mi vida en una profunda angustia personal, con gran vacío interior y una inmensa preocupación por la comunidad que se reúne para escuchar una proclamación de la Palabra que los anime en su fe y en su concreción diaria y cotidiana, una homilía que los conduzca al Misterio que se celebra, que los invite a la misión, donde sientan que sus alegrías, dolores, esperanzas y temores son acogidos y comprendidos. Hay definitivamente, homilías que se sufren al extremo de suplicar al Señor que terminen pronto porque rayan la herejía, porque denotan falta de preparación, de conocimientos, porque no hay transmisión de contenidos claros, pedagogía y metodología, sino una repetición de ideas sin conexiones que cansan y no ayudan a la comprensión de la Palabra, no exponen el Misterio de Cristo en el aquí y ahora de la comunidad que celebra en sus contingencias, porque en definitiva, dejan entre ver una pérdida del *amor primero y de pasión por Jesús*. Porque para un sacerdote no debiera bastar con la preparación y adecuación de la homilía al contexto, sino la exigencia de “mirar y hacer mirar a Jesús.... *Que nunca hiere a las personas, pero sí sabe herir las conciencias buscando la comunión del hombre y la mujer con el Señor. Por ello se debe buscar sencillez y propiciar el descubrimiento personal del misterio de la fe, en definitiva, una verdadera conversión.*

( Javier Romero O. CISOC – Bellarmino)

Soy heredera de una tradición eminentemente eclesial, ser carmelita es saberse miembro del Cuerpo Místico de Cristo vivir, padecer y amar a la Iglesia y decir como Santa Teresa “*Muero hija de la Iglesia*” con la misma convicción vocacional de Francisco Palau: “*Vivo y viviré por la Iglesia, vivo y moriré por ella*” legado que me exige interpelar con humildad y en verdad la pérdida de efectividad de las homilías en la entrega del mensaje evangélico en la sociedad actual, más aún cuando ésta debiera penetrar la acción cotidiana de las personas, generándose una distancia cada vez más grande entre fe y vida, por eso me uno a Santa Teresa en su súplica: “*En esto*

*del predicar, suplico mucho otra vez a vuestra reverencia que aunque predique poco, que mire lo que dice muy bien” ( Ct 434,6)*

Si creyéramos en la conciencia de lo que una homilía puede llegar a significar para el crecimiento de una persona, su repercusión en una comunidad eclesial y en la sociedad como espacio privilegiado para suscitar conversión, comunión y compromiso procuraríamos ciertamente, cuidarla como lo que es, uno de los preciados tesoros comunicacionales que tiene Iglesia en la transmisión del Misterio.

Los Padres de la iglesia supieron hacer de sus homilías profundas y eximias exhortaciones doctrinales, espirituales y pastorales, que hasta el día de hoy la Iglesia guarda celosamente como uno de sus grandes tesoros y herencia. Todos sabemos lo que significó este género para los primeros tiempos del cristianismo, empezando por Pablo y sus cartas, (verdaderas homilías), los Padres de Oriente y Occidente. Cuántas conversiones y cuantos santos posee hoy la iglesia que cambiaron su vida radicalmente después de escuchar una homilía.

Quisiera terminar ofreciéndoles dos elementos que se proponen sobre las homilías en el estudio que realizó CISOC – Bellarmino sobre las homilías dominicales, y que me parecen importantes de rescatar, Primero el elemento exegético de las homilías: *La homilía, dice el texto, Debe entregar a la asamblea, en forma comentada, la Palabra de Dios contenida en las escrituras del día... la figura central a presentar ha de ser la de Cristo y, de las tres lecturas, el texto clave a desarrollar debe ser el Evangelio. No es la finalidad de la homilía provocar un conocimiento profundo, ni dictar cátedra sobre los textos usados en la liturgia, sino, el de encontrar y proponer el sentido verdadero de un texto escriturístico, esto es fundamental en la homilía, responder a la pregunta ¿Qué nos quiere decir Dios a través de este texto? Y el segundo, el elemento vital: La homilía debe proclamar que la Palabra de Dios es la palabra viva, presente y actuante entre nosotros. Esta interpelación mutua entre evangelio y realidad actual tendrá que traducirse en la homilía en un señalar explícitamente los “espacios” y las formas en que se manifiesta actualmente el cumplimiento de la Palabra, así como en denunciar dónde aún la palabra no se ha hecho vida. Se debe tener en cuenta la cotidianeidad de los fieles*

*e insistir en la motivación central del mensaje del evangelio como moral de Hijos de Dios y no como pura ley.*

No sé si con esto respondo a lo que se me pidió. Mientras escribía estas líneas me dispuse a escuchar con más atención las homilias diarias y dominicales, y entonces pude hacer conciente mis prejuicios y disposición o falta de disposición para acoger la Palabra de Dios explicada a través de mis hermanos sacerdotes y diáconos. Ha sido un buen ejercicio de fe, me he colocado en actitud de verdadera y responsable escucha y acogida de la Palabra, me he dispuesto a la comunión eclesial en la asamblea que celebra y he vuelto comprender que la comunicación de Dios pasa por las mediaciones que Él mismo nos coloca, que en cada predicador está el anhelo de acercar el mensaje de Salvación y que en definitiva para que una homilía penetre las entrañas y genere la conversión también es necesario purificar el corazón y madurar la fe y el compromiso. Porque “Entre dos manos enlazadas se teje la Obra de Dios”.

**Hna Sandra Henríquez a.**

**Carmelita Misionera**